

VENEZUELA: PAÍS ENTRAMPADO

Seis especialistas analizan las perspectivas de Venezuela para el año 2017, en los ámbitos político, diplomático, económico y energético. Aunque el tono pesimista es mayoritario, todos coincidieron en la necesidad de buscar soluciones a la crisis mediante un proceso de diálogo y negociación.

Rafael Jiménez Moreno

TAN PRONTO SE ACERCA al estrado y toma la palabra, Rosa Amelia González, coordinadora académica del IESA, recuerda a los asistentes que el foro «Perspectivas» acumula ya 32 ediciones desde su creación —en el año 1985— por un joven profesor de nombre Moisés Naím. Vistos con los ojos del futuro, los venezolanos de 1985 desconocían al menos dos cosas: eran felices (si se toma por cierto el chiste popular) y habitaban un tiempo histórico que sería conocido, décadas después, como «la cuarta república».

Las palabras de recibimiento de Rosa Amelia González, 32 años después, aluden a la importancia de la tradición en la vida de un país: una observación cargada de sabiduría a la luz de las duras consecuencias del colapso de la institucionalidad republicana. En el Foro Perspectivas 2017, realizado el 21 de marzo, participaron en el panel de expertos Giovanna De Michele, Francisco Monaldi, José Manuel Puente, Francisco Rodríguez, Richard Obuchi y Michael Penfold. A continuación se presentan resúmenes y extractos de sus intervenciones.

Rumbo a un Estado fallido

Giovanna De Michele, analista internacional y profesora de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad Central de Venezuela, identifica tres características del actual contexto internacional —aumento de la conflictividad en países y regiones, creciente interdependencia de los estados nacionales e incertidumbre acerca del nuevo orden político mundial— para enmarcar su análisis de la situación del país.

No exagero al decir que no existe algún aspecto de la realidad venezolana que pueda considerarse estrictamente nacional, porque la sucesión de acontecimientos que pasan en nuestro país producen resonancias internacionales. Además, en la actualidad, la democracia es entendida en muchas partes del mundo como un derecho humano y no únicamente como una forma de gobierno. La democracia se percibe como una forma de vida centrada en la dignidad del ser humano.

Rafael Jiménez Moreno, periodista.

Para De Michele, el principal desafío del Estado venezolano es impedir que los organismos internacionales de integración lo califiquen como Estado fallido o Estado forajido.

Un Estado fallido es aquel que no es capaz de garantizar un proyecto de vida para sus nacionales, que no puede abatir la inflación, que no hace efectivos los derechos consagrados en textos legales, que irrespeta el principio republicano de separación de poderes. Mientras que un Estado forajido es aquel que representa un foco de desestabilización para los países de su región, que cuestiona y rechaza las instituciones supranacionales establecidas por el derecho internacional, que se niega a cumplir las convenciones internacionales en materia de derechos humanos en nombre de un concepto de soberanía propio del siglo XVIII y no del siglo XXI.

En sus primeros catorce años de gestión los gobiernos chavistas consiguieron granjearse el prestigio internacional e incluso influyeron en el ascenso al poder de proyectos políticos de orientación izquierdista. Durante este período, la política internacional de Venezuela fue la proyección de un clima de paz social basado en el influjo de un liderazgo carismático —como el ejercido por Hugo Chávez— y la distribución masiva del ingreso petrolero. Al descender el precio internacional del crudo, el gobierno de Nicolás Maduro entró en una profunda crisis de gobernabilidad, hasta el punto de estar planteada la posibilidad de aplicación de la Carta Democrática de la Organización de Estados Americanos.

Frente a la posibilidad de la activación de la Carta Democrática, el gobierno madurista ha decidido apelar a la estrategia de la victimización. Según su narrativa, Maduro representa a David y el imperio a Goliat. Sin embargo, resulta muy difícil desprestigiar a la Carta Democrática, porque este instrumento democrático contó con el apoyo del gobierno de Hugo Chávez. Por tanto, la Venezuela revolucionaria, la de la quinta república, contrajo el compromiso de honrar los términos del pacto.

¿Qué impacto tiene para el gobierno de Nicolás Maduro la aplicación de la Carta Democrática? En términos de permanencia en el poder, ninguno; porque es un instrumento diplomático de carácter político, que no prevé algún tipo de intervención militar extranjera en el territorio venezolano, tampoco implica embargos o bloqueos.

Cuando desde el exterior se mira a Venezuela, a menudo se le percibe como un país contradictorio. Por ejemplo, en algunas calles se observa a un grupo de personas hurgar en la basura, pero al mismo tiempo en las urbanizaciones más pudientes se aprecian los restaurantes más costosos abarrotados de clientes. Este tipo de contradicciones causan un efecto en la opinión pública mundial: crean la sensación de que en Venezuela el problema no es tan grave. De allí que no resulte sorprendente comprobar que en el extranjero hay gente que no entiende lo que aquí pasa.

De Michele opina que el gran desafío del gobierno venezolano es mejorar su posicionamiento en el nuevo orden mundial. En cambio, la oposición afronta el desafío de armonizar sus proyectos políticos y elaborar una hoja de ruta democrática consolidada y viable; esto es, no puede ser que un partido pida elecciones generales y otro prefiera esperar las presidenciales de 2018.

La comunidad internacional es muy severa con este tipo de incongruencias, porque las interpreta como pruebas de que la crisis no es grave ni terminal. Hay sectores que dicen que Venezuela vive en comunismo, pero visto bien existen rasgos de un modelo agotado de capitalismo de Estado. Pero por supuesto que ha habido avances en la persuasión de la opinión pública internacional: el gobierno venezolano siente el acoso de la institucionalidad internacional, que condena su desempeño en materia de derechos humanos y democracia. Yo no descarto la toma de medidas precipitadas, como el retiro de Venezuela de la OEA. Pero al gobierno no le conviene el aislamiento, sino tratar de fortalecer su política de alianzas.

La producción petrolera cada mes es menor

Francisco Monaldi, profesor del Centro Internacional de Energía y Ambiente del IESA y profesor invitado del Instituto Baker de Políticas Públicas de la Universidad Rice, en Houston, Estados Unidos, calificó como preocupante el futuro operativo de la estatal Petróleos de Venezuela (Pdvsas).

Solo en el año 2016 hubo en Venezuela una caída del diez por ciento en la producción petrolera. Según reportes oficiales, en la actualidad la producción petrolera está alrededor de 2,3 millones de barriles. Ahora bien,

El principal desafío del Estado venezolano es impedir que los organismos internacionales de integración lo califiquen como Estado fallido o Estado forajido (GIOVANNA DE MICHELE)

dentro de lo malo se puede rescatar la disminución de 28 por ciento en el consumo de gasolina en el mercado interno. Es una noticia positiva, porque en nuestro país la gasolina es prácticamente gratis y, además, su fabricación precisa de la importación de crudo liviano para diluir el crudo extrapesado.

Las cifras de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) discrepan ligeramente de las reportadas por el gobierno madurista. Para febrero de 2017, la OPEP reconoce una producción de 2,24 millones de barriles. «Pero otras fuentes secundarias fijan la producción en un poco menos de 2 millones de barriles; una cantidad similar a lo que se producía en el país a principios de la década de los noventa. En todo caso, estamos en presencia de un retroceso histórico importante», agrega Monaldi. La caída de la producción tiene lugar tanto en los campos de Occidente como en los de Oriente. En la Faja del Orinoco, tras ligeros aumentos de producción durante el año pasado, en la actualidad hay una merma.

En el año 2014 Venezuela entró en crisis presupuestaria a raíz de la caída del precio del petróleo en los mercados internacionales. Tras una ligera recuperación en 2015, en 2016 el crudo se ubicó en un precio promedio de 25 dólares por barril. Desde ese momento, el gobierno venezolano ha apostado por apuntalar una política de reducción de la oferta, en concertación con Rusia y los países miembros de la OPEP.

En enero de 2017 el resultado del recorte fue un incremento de casi diez dólares por barril. Pero, ya para el mes de febrero, algunos países habían relajado el cumplimiento de los acuerdos, aunque no de manera significativa. Mientras tanto, aquí en Venezuela la producción de petróleo cayó; no por apego al pacto de la OPEP, sino más bien por problemas de carácter operativo.

En 2016 hubo una caída de 25 por ciento en la cantidad de taladros operativos; circunstancia que conspira contra la posibilidad de aumentar la producción. Pdvsa arrastra necesidades de inversión superiores a los veinte mil millones de dólares en un marco de control de cambios y, por lo tanto, de imposibilidad de repatriación de capitales y dividendos.

La ilusión de armonía del mercado petrolero internacional se vio resquebrajada cuando el ministro de Petróleo de Arabia Saudí declaró que los inventarios mundiales de crudo no disminuían sino que más bien aumentaban. De hecho, las estadísticas del gobierno de Estados Unidos dan cuenta de un incremento en la producción petrolera. Sin embargo, a juicio de Monaldi, ninguno de estos episodios tiene fuerza suficiente para tornar desventajosa la prolongación de la política de recortes durante el segundo semestre de 2017.

¿Y si efectivamente el acuerdo se prolonga y se logra un repunte considerable? «Pienso que en este punto las expectativas deben moderarse, sobre todo porque no hay que subestimar la capacidad de intervención en el mercado que tienen los productores de petróleo de lutas, quienes siempre están alertas a una coyuntura que reduzca el impacto de sus estructuras de costos y pueda darle rentabilidad a la producción», matiza el profesor Monaldi.

En cuanto a los clientes de Pdvsa se mantiene el descenso en las cantidades de petróleo vendidas a Estados Unidos. La participación en el mercado estadounidense se ha reducido a un siete por ciento, la menor cuota de los últimos cinco años. Pdvsa atiende también el mercado chino, pero los barriles de petróleos enviados hacia allá están previamente comprometidos, porque forman parte del mecanismo de pago de los acuerdos bilaterales suscritos con Pekín; por lo tanto, no fortalecen el flujo de caja. De hecho, de la producción petrolera venezolana, solo 700.000 u 800.000 barriles se traducen en pagos en efectivo.

Con respecto al tope histórico, la producción petrolera venezolana ha caído cerca del 36 por ciento. Las empresas de capital mixto, en cambio, aumentaron su producción en más del cincuenta por ciento. De modo que si el drama de las finanzas venezolanas no es más intenso es gracias a la participación de los privados en una parte del negocio petrolero.

La industria petrolera venezolana vive el peor momento de su historia, con un endeudamiento excesivo, dificultades de flujo de caja, pérdida de calificación técnica en el personal —como consecuencia del énfasis en el aspecto ideológico y el rezago salarial— y deterioro operativo en plantas y equipos.

En un contexto de colapso de producción y bajos precios internacionales, el ministro Eulogio del Pino ha ensayado una tímida política de apertura comercial. Pero no es una política de Estado de largo aliento, sino una reacción de desespero, porque no ha habido una modificación del marco normativo y regulatorio que favorezca la participación del sector privado en el negocio de los hidrocarburos. El acuerdo con la empresa rusa Rosneft para exportar gas desde el Complejo Mariscal Sucre a Trinidad es muy poco transparente.

A juicio de Monaldi, lo más preocupante de la actual coyuntura venezolana es la desesperación del gobierno madurista por hacerse de recursos financieros. La empresa rusa Rosneft le transfirió dinero fresco a Pdvsa, pero exigió participación accionaria en Citgo como garantía.

Si el drama de las finanzas venezolanas no es más intenso es gracias a la participación de los privados en una parte del negocio petrolero
(FRANCISCO MONALDI)

Para el segundo semestre de 2017 la perspectiva petrolera es muy complicada. El desafío de un futuro gobierno democrático en Venezuela será sentar las bases institucionales para impulsar un plan de incremento anual de cien mil barriles diarios en la producción de Pdvsa hasta llegar, nuevamente, a los tres millones de barriles diarios de producción.

Ni hiperinflación ni impago de deuda externa

Francisco Rodríguez, economista jefe de la firma financiera Torino Capital, inició su participación con una confesión profesional: es muy complicado elaborar proyecciones macroeconómicas en un país donde no se publican datos oficiales desde el tercer trimestre de 2015.

En mi criterio, la principal utilidad de un análisis macroeconómico es comprender dónde estamos. Y estamos, como seguramente todos ustedes sospechan, en medio de una profunda crisis, con una caída de 28 por ciento del producto interno bruto, la más cuantiosa de nuestra historia, y una disminución de 74 por ciento en el ingreso petrolero. Tal disminución abrupta de la actividad económica solo cuenta con dos antecedentes en nuestra historia (ambos menores, pero aun así comparables): la crisis del período 1980-1986 y la crisis del período 1997-2003.

La causa principal de la crisis del período 1980-1986 fue una caída de 72 por ciento del ingreso petrolero, que no pudo compensarse vía empréstitos externos, porque eran los días de la denominada «crisis de la deuda» que sacudió a los países latinoamericanos. En el período 1997-2003, el motivo de la caída fue la medida de paro petrolero, que mermó la capacidad productiva de Pdvsa.

En el período 2012-2017 la contracción económica de Venezuela ha sido la de mayor magnitud del conjunto de países exportadores de petróleo. La reducción del flujo de divisas ha agravado los problemas de gobernabilidad.

A la hora de explicar la debacle de las finanzas públicas a la población venezolana se ha echado mano de dos narrativas: la primera, la caída de los precios del petróleo en los mercados internacionales; la segunda, la adopción de políticas públicas que, tras afectar al libre mercado y los derechos propiedad, causaron el progresivo empobrecimiento material e institucional del país. Yo prefiero decir que las autoridades venezolanas no tomaron las medidas adecuadas. Por ejemplo, el excedente del ingreso petrolero no fue ahorrado en el Fondo de Estabilización Macroeconómica. De haberlo hecho, según mis cálculos, Venezuela hubiera acumulado para el año 2013 por este concepto la cantidad de 220.000 millones de dólares.

Otras medidas consistieron en adulterar el mecanismo natural de formación de precios con regulaciones y controles, la paralización del plan de inversiones de Pdvsa y la adopción del anclaje cambiario para abaratar las importaciones y controlar políticamente a la población y a los agentes económicos.

Una de las banderas de lucha del chavismo en 1998 fue la necesidad de intervenir Pdvsa para «democratizar» la gestión gerencial y alinear sus objetivos con los intereses de los más necesitados. Gracias al paro petrolero de 2002, el chavismo consiguió el pretexto para apropiarse de Pdvsa y atar su suerte a las exigencias del proyecto de la revolución bolivariana.

El precio que la empresa pagó por esta nueva orientación gerencial fue la semiparalización del plan de inversiones operativas. Fue así como con el transcurrir de los años la capacidad productiva de Pdvsa empeoró. De hecho, de los socios de la OPEP, Venezuela es el segundo país con mayor caída de la producción, solo superada por Libia, un territorio sacudido por una guerra civil. Si Pdvsa hubiese cumplido sus planes de ampliación de la producción petrolera, quizás en este momento el Fisco facturaría unos 30.000 millones de dólares adicionales.

Frente a la posibilidad de la activación de la Carta Democrática el gobierno madurista ha decidido apelar a la estrategia de la victimización. Según su narrativa, Maduro representa a David y el imperio a Goliat (GIOVANNA DE MICHELE)

por concepto de exportación de petróleo. Pero, en la actualidad, el país se encuentra en el peor de dos mundos: sin ahorros y sin músculo industrial para incrementar los ingresos.

Rodríguez indicó que, en ocasiones, el criterio de productividad no actúa como un indicador fidedigno de la eficiencia de una economía, sobre todo en casos de contracción del producto interno bruto.

En el caso venezolano, la perspectiva más reveladora tiene que ver con la capacidad de convertir materias primas importadas en productos finales. En Venezuela, a grandes rasgos, un dólar de importaciones produce seis dólares en productos internos. Durante los últimos cuatro años, la cantidad de dólares por venta de petróleo ha bajado y por tanto hemos visto cómo el desempeño del aparato productivo nacional ha empeorado drásticamente. En la actualidad, los datos revelan que Venezuela afronta problemas para convertir en productos terminados los escasos dólares que destina a costear importaciones.

Históricamente, el sector no petrolero de la economía venezolana ha crecido a la par de las importaciones. En 2016 hubo importaciones por 26.000 millones de dólares, que se costearon con un barril de petróleo promedio de 35,50 dólares por barril. Para 2017, los expertos proyectan un precio promedio de 42,8 dólares por barril; lo que significa importaciones por el orden de los 32.000 millones de dólares, un incremento de seis por ciento en comparación con el año pasado. «Con ese nivel de importaciones es factible hablar de un crecimiento económico de alrededor del 2,4 por ciento. Según estudios de Torino Capital, cada subida de tres puntos porcentuales en las importaciones implica un aumento de un punto porcentual del producto interno bruto».

En cuanto a la inflación Rodríguez reconoce que debe esperarse una aceleración. En 2016 el gobierno apeló a créditos adicionales para aumentar la disponibilidad del Fisco, mediante decretos de emergencia económica. De este modo, el gasto público creció en 152 por ciento en términos marginales y la inflación se ubicó en 400 por ciento.

Soy escéptico en relación con una deriva hiperinflacionaria, sobre todo porque la contracción sostenida en términos reales del gasto público le impide funcionar

como impulso del consumo y la demanda. Pienso que el gobierno está cobrando conciencia de los riesgos de llevar al país al umbral de la hiperinflación. Tampoco observo riesgos de mora para este año ni para 2019; aunque debo advertir que si el gobierno no modifica su pauta de endeudamiento a tasas elevadas de interés (de 20 a 30 por ciento) y los precios del petróleo se man-

La industria petrolera venezolana vive el peor momento de su historia, con un endeudamiento excesivo, dificultades de flujo de caja, pérdida de calificación técnica en el personal y deterioro operativo en plantas y equipos (FRANCISCO MONALDI)

tienen bajos en los mercados internacionales, el país transitará, más temprano que tarde, por una senda de cesación de pagos, dado que cristalizaría lo que psicológicamente se denomina «la profecía autocumplida».

La principal estrategia para 2017 y 2018: sobrevivir

En un país con la economía de peor desempeño del mundo, la estrategia más ambiciosa no es otra que tratar de sobrevivir, al menos así lo piensa José Manuel Puente, profesor del Centro de Políticas Públicas del IESA.

¿Cuál fue el origen del colapso macroeconómico que sacude a Venezuela? De acuerdo con el gobierno, la tragedia se debe a la caída de los precios del petróleo en los mercados internacionales. Pero, ¿es cierto este razonamiento? No. La economía venezolana comenzó a enfriarse en 2013, y justo ese año el precio del crudo superaba los cien dólares por barril. El agotamiento del modelo chavista se debió a varias causas: control de cambio, control de precios, regulación laboral excesiva y anticompetitiva, expropiación de fincas e industrias, y suspensión de las políticas estatales de inversión en equipos e infraestructuras.

Puente recordó que hubo unos años en que Venezuela se destacaba por lo excepcional de sus indicadores estadísticos. Entre 1950 y 1977, el país se erigió en una de las economías de mejor desempeño del mundo. Fue a partir de 1978 cuando se observó un cambio en la tendencia: se mantuvo el crecimiento del producto interno bruto, pero a tasas menores. Ya en 1980 se vivió la primera recesión y en 1983 se inauguró la montaña rusa de ciclos de alza y caída del precio del petróleo, con su impacto en devaluaciones y alta inflación.

El último *boom* de los precios del petróleo le permitió a Venezuela recibir, entre 1999 y 2015, la cantidad de 879.000 millones de dólares por concepto de venta de crudo. En las finanzas de la revolución bolivariana podemos identificar dos períodos. El primero abarca desde 1999 hasta 2013 y el segundo comprende desde 2014 hasta nuestros días. Durante el primer período el país experimentó un tiempo de bonanza, salvo en el paréntesis convulso del paro petrolero y el golpe de Estado. En cambio, en el segundo período la tendencia es radicalmente contraria. En los años 2014, 2015 y 2016, la economía venezolana evidenció el peor desempeño macroeconómico de América Latina, debido a una importante contracción de la actividad económica, la más alta inflación del mundo y niveles de desabastecimiento nunca vistos.

En su opinión tres indicadores sectoriales permiten efectuar una aproximación realista al desempeño del producto interno bruto: el consumo eléctrico, el consumo de cemento y la venta de automóviles. Las políticas económicas de los años recientes —el control de las tarifas de los servicios públicos y el control de precios— han impactado negativamente el poder predictivo de las industrias de la electricidad y el cemento. Por lo tanto, la única referencia válida sería la venta de vehículos. En 2016 se ensamblaron en Venezuela 2.849 vehículos, la menor cantidad en la historia del país. Otro dato: en los dos primeros meses del año 2013 se entregaron 13.600 vehículos; en cambio, en los dos primeros meses de 2017 se entregaron 372.

El resultado es un proceso acelerado de destrucción de riqueza. Además, Venezuela lleva diez años consecutivos en la lista mundial de los diez países con mayor inflación; y en las últimas cuatro ediciones ocupa incluso el primer sitio.

En Venezuela la inflación se alimenta de un gasto público desbocado. Cuando uno revisa los balances del Banco Central constata que en 2016 el financiamiento a Pdvs se incrementó 496 por ciento. No ha hecho falta la hiperinflación para pulverizar el salario de los venezolanos. De hecho, al finalizar 2016 el salario mínimo vigente fue, en términos reales, el salario más bajo de los últimos 27 años.

Puente recordó que, según datos provenientes de la Encuesta sobre Condiciones de Vida 2016, cerca del 82 por ciento de los venezolanos vive en condiciones de pobreza (en 1998 la cifra era 25 por ciento). Otros hallazgos reveladores fueron: 73 por ciento de los venezolanos reportaron una pérdida de peso promedio de nueve kilos y 86,3 por ciento de los hogares venezolanos hacen dos o menos comidas diarias.

El esquema cambiario es la gran camisa de fuerza que le impide al país recuperar su economía. El control de divisas ha devenido, en la práctica, la fuente principal de la corrupción en Venezuela. La modalidad de tasa múltiple de cambio ha causado, entre otras distorsiones, que la cotización del dólar en el mercado paralelo supere 280 veces el monto del «dólar Dipro». Esta anomalía no tiene viabilidad en el mediano y largo plazo. Y otra fuente de preocupación en las finanzas públicas es el nivel de las reservas internacionales. Es el más bajo de los últimos veintinueve años. Las reservas operativas con dificultad llegan a los mil millones de dólares. No hay dólares para vender a los industriales y a los importadores de materias primas y bienes terminados. Las líneas de crédito con la banca internacional están prácticamente cerradas. Venezuela tiene el riesgo país más alto de América Latina y, si por casualidad tiene acceso a un financiamiento, el gobierno tiene que pagar elevadas tasas de interés.

El precio del barril de petróleo, en lo que va de 2017, registra un aumento promedio de diez dólares con respecto al año 2016. Puente sostiene que, por cada subida promedio de un dólar en la cesta petrolera venezolana, el Fisco obtiene alrededor de 730 millones de dólares. Por lo tanto, si se mantiene para el resto de 2017 el aumento promedio de diez dólares por barril de petróleo, el gobierno madurista percibirá por esta vía 7.300 millones de dólares adicionales con respecto a 2016. La cifra es modesta, pero sin duda incrementa el margen de maniobra del Ejecutivo.

«Me tomé el trabajo de promediar las proyecciones macroeconómicas para los años 2017 y 2018 hechas por 17 instituciones internacionales. La inflación promedio es 642,50 por ciento para 2017 y 595 por ciento para 2018. Y en términos de crecimiento económico, se espera para 2017 una caída de 3,12 por ciento». Para José Manuel Puente, el inicio del proceso de reconstrucción económica nacional requiere cuatro medidas: 1) eliminar el control de divisas y adoptar un tipo de cambio único, 2) desmontar el control de precios y autorizar ajustes en función de las estructuras de costos, 3) conseguir financiamiento de los organismos multilaterales de crédito para fortalecer las reservas internacionales y 4) desarrollar políticas sociales de subsidio para asistir al cuarenta por ciento más pobre del país cuando se liberen los precios al consumidor.

Al sector empresarial le recomendó cinco medidas: 1) preservar el capital humano más capacitado de la organización, 2) desarrollar líneas de producción para la exportación (pequeños negocios en dólares son más favorables que grandes operaciones en bolívares), 3) apalancarse en bolívares y no en dólares para aprovechar el contexto de bajas tasas de interés y elevada inflación, 4) defender la participación de mercado alcanzada por la empresa y 5) tomar conciencia de la necesidad de ser flexible para sobrevivir al actual entorno de negocios.

El empobrecimiento de la población se acelerará

Richard Obuchi, profesor del Centro de Políticas Públicas del IESA, inició su participación con un breve análisis del discurso del presidente Nicolás Maduro en ocasión de la entrega de su Memoria y Cuenta ante el Tribunal Supremo de Justicia, en enero de 2017.

En esas palabras el presidente Maduro no ofreció las estadísticas que tanto esperaban oír los analistas y expertos en materia económica. Sin embargo, mencionó algunos aspectos que resultaron reveladores. En primer lugar, confesó que los problemas atinentes al área económica se van resolviendo día a día, sin mayor planificación, algo así como el famoso dicho de Eudomar Santos: «Como vaya viniendo vamos viendo». En segundo lugar, señaló que en 2016 el país logró vivir con un ingreso de 17.800 millones de dólares; suena poco, pero posiblemente se estaba refiriendo al dinero destinado a importaciones. En tercer lugar, reconoció que, como consecuencia de la baja en los precios internacionales del petróleo, Pdvsa estaba vendiendo a pérdida, dado que no podía cubrir sus costos operativos.

Obuchi apuntó que las importaciones de Venezuela entre 2012 y 2016 sumaron alrededor de cien mil millones de dólares. El

tope de las importaciones se alcanzó en 2012: 59,3 millardos de dólares. Ese año, según testimonio del ministro Jorge Jordani, el gobierno destinó gran parte del gasto público a lograr la reelección presidencial de Hugo Chávez. Cuatro años más tarde, en 2016, el monto de las compras de bienes y servicios en el exterior no llegó siquiera a la tercera parte de lo importado en 2012. La causa del drástico descenso fue la pronunciada caída del ingreso petrolero; circunstancia que explica la escasez de divisas para los mecanismos de Divisas Protegidas (Dipro) y Divisas Complementarias (Dicom).

El vínculo estrecho entre el crecimiento económico y las importaciones explica el deficiente desempeño de la economía venezolana, así como el repunte de la inflación y la escasez de productos.

Los estudios más conservadores sobre la economía venezolana proyectan una caída del producto interno bruto de diez por ciento en 2016; pero si el período de análisis abarca el trienio 2014-2016 la caída se ubica en veinte por ciento. Detrás de esta estadística se oculta una situación dramática: una quinta parte de las actividades económicas que tenían lugar en Venezuela desapareció. El descenso en los precios internacionales del petróleo, a partir de 2012, afectó a los sectores de la manufactura y la construcción, dos pilares del proceso de creación de empleos.

En opinión de Obuchi, en 2016 las importaciones fueron el elemento clave para entender la realidad económica que vivió el país. En cambio, en 2017 el factor decisivo será el desempeño productivo y comercializador de Pdvsa. En 2016, el gobierno venezolano informó que la producción promedio de Pdvsa se ubicó en 2,4 millones de barriles: una caída de 275.000 barriles diarios con respecto a 2015. Entre febrero de 2017 y febrero de 2016 hubo una caída de 281 millones barriles diarios.

Esta merma resulta muy peligrosa, porque implica que Venezuela estaría en dificultades para sacar provecho inmediato de un repunte del precio del petróleo en los mercados energéticos. El panorama se complica al recordar que gran parte de la producción de Pdvsa se encuentra comprometida en mecanismos de pago a países acreedores (el principal de ellos, China) o tratados de cooperación internacional con aliados diplomáticos en Centroamérica, el Caribe (el principal de ellos, Cuba) y la zona andina. En cuanto al flujo de caja, el grueso se destina al pago de deuda e intereses, y la entrega de dólares al Banco Central de Venezuela para operaciones en el mercado cambiario. Casi no quedan recursos para invertir en equipos y proyectos de ampliación productiva.

Las autoridades venezolanas no tomaron las medidas adecuadas. Por ejemplo, el excedente del ingreso petrolero no fue ahorrado en el Fondo de Estabilización Macroeconómica
(FRANCISCO RODRÍGUEZ)

En 2013, con un precio promedio del barril de petróleo de 99 dólares, Venezuela exportó alrededor de 88.000 millones de dólares, y Pdvsa le entregó al Banco Central de Venezuela (BCV) 42.690 millones de dólares. Luego, como consecuencia de la caída del precio, el monto en divisas de las exportaciones venezolanas ha bajado anualmente. En 2016, con un precio promedio de 35 dólares por barril, las exportaciones petroleras totalizaron 23.971 millones de dólares: un des-

El control de divisas ha devenido, en la práctica, la fuente principal de la corrupción en Venezuela. La modalidad de tasa múltiple de cambio ha causado que la cotización del dólar en el mercado paralelo supere 280 veces el monto del «dólar Dipro» (JOSÉ MANUEL PUENTE)

censo de 28,4 por ciento en comparación con el año 2015. Esta tendencia ha impactado de manera directa la cantidad de divisas vendidas por Pdvsa al BCV, que en 2016 se ubicaron en 5.291 millones de dólares.

Para 2017 los pronosticadores más optimistas fijan el precio promedio del barril de petróleo en cincuenta dólares. Si se cumple esta expectativa, se consigue mantener la producción y se descuentan pagos de deudas, obligaciones con Cuba y Petrocaribe, y ventas de divisas al Banco Central, Pdvsa pudiese contar con 4.600 millones de dólares para atender sus necesidades de mantenimiento e inversión en equipos e infraestructura. ¿Qué intento decir con todo lo anterior? Que Venezuela, y específicamente el gobierno, va a enfrentar una situación fiscal de enorme dificultad, que repercutirá en los indicadores de crecimiento económico y producto interno bruto.

La empresa estatal requiere, para optimizar sus instalaciones y equipos, cerca de veinte mil millones de dólares, pero carece de medios y estrategias para recabar esos fondos.

Las informaciones que nos llegan del mercado cambiario venezolano nos advierten que la adjudicación de divisas a las empresas ha sido limitada durante este año. Este fenómeno traerá consecuencias negativas para la economía y lastrará sus posibilidades de recuperación. El panorama del segundo semestre, a la luz del cronograma de pago de las deudas de Pdvsa, no resulta halagador. Según mis cálculos, la actividad económica en 2017 experimentará una contracción que oscilará entre cuatro y seis por ciento. En cuanto a la inflación, es difícil proyectarla en estos momentos. La inflación que reportará el BCV pudiese rondar entre 350 y 450 por ciento. Pero es obvio que la verdadera inflación estará muy por encima de este rango, gracias también a la política de aumentos salariales y bonificaciones del gobierno de Nicolás Maduro. No es descartable que para diciembre de 2017 un trabajador termine recibiendo por la suma de salario mínimo y bono de alimentación la cantidad de 450.000 bolívares.

Finalmente, el economista adelantó que 2017 será un año de deterioro económico como resultado de la crisis política. Para 2018, las perspectivas económicas dependerán de las

expectativas de los agentes sociales y económicos acerca de la posibilidad de que se efectúen elecciones presidenciales justas y transparentes.

El chavismo está atrapado y la oposición tiene problemas de credibilidad

Para Michael Penfold, profesor del Centro de Políticas Públicas del IESA, el fenómeno político más relevante del año 2017 para el pueblo venezolano es la pérdida del hecho electoral como factor de cambio y reducción de malestar social.

Ahora las elecciones pasaron a ser una variable contingente; es decir, una circunstancia que nadie puede asegurar cabalmente si va a ocurrir o no. La causa de este cambio se explica por la suspensión de la activación del referendo revocatorio a finales de octubre del año pasado. El derecho al voto fue suspendido por tribunales de jurisdicción regional, por lo que la condición de máxima autoridad en material comicial del CNE ha quedado en entredicho a ojos de la opinión pública. A esto se suma el malestar público motivado por el diferimiento de las elecciones para gobernadores y alcaldes, y los obstáculos impuestos a los partidos políticos en el proceso de validación organizado por el CNE.

Pero la incertidumbre que martiriza a Venezuela no es solamente de carácter electoral. La calidad de las instituciones democráticas venezolanas empeora de manera sostenida desde la década de los años ochenta. Indicadores de modalidades de gobierno, como los diseñados por Freedom House o Polity IV, ya no ubican a Venezuela dentro de la escala de gobiernos democráticos. El debate ahora se centra en el tipo de autocracia o dictadura existente en Venezuela.

Para muchos analistas resulta desconcertante comprobar que el dramatismo de la crisis económica y financiera no parece tener un correlato de idéntica magnitud en el ámbito político. La popularidad de Nicolás Maduro resiente los efectos de la caída en los precios internacionales del petróleo y las consecuencias nefastas, en la productividad nacional, del mantenimiento de los controles de precios y de cambio. La escasez de divisas impide al gobierno echar mano exitosamente del comodín de las importaciones. Ahora la popularidad de Nicolás Maduro se ubica en nueve por ciento.

En opinión de Penfold, el principal cambio en las correlaciones de poder partidista tiene que ver con el apoyo popular del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Esta tolda ha perdido competitividad electoral, al punto de que le será muy difícil ganar cualquier elección presidencial. Las encuestas revelan que Nicolás Maduro no conseguiría una hipotética reelección. En el panorama revolucionario aún no se vislumbra un candidato de recambio. El dato más preocupante para el PSUV es que incluso perdería en un escenario electoral conformado por una oposición dividida. La derrota del PSUV sería holgada de enfrentarse a una coalición partidista de oposición como la reunida en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD).

El cambio de las preferencias populares marca el fin del clima de hegemonía ideológica del chavismo. Ahora el control social y el mantenimiento de la revolución bo-

livariana en el poder, que no se logra con discursos y apelaciones emocionales al líder difunto, se obtiene con el manejo político de las instituciones, como por ejemplo las decisiones recientes de la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia.

Para Penfold, los analistas que se aproximan a la realidad política exclusivamente desde el punto de la vista de la oposición se equivocan. El chavismo sigue siendo un jugador relevante en la ecuación del poder.

El hecho de que el presidente Nicolás Maduro sepa, por las más distintas encuestas, que jamás ganaría unas elecciones presidenciales en Venezuela ayuda a entender las prioridades estratégicas del gobierno. La fundamental: bloquear las salidas electorales y procurar la superación de la crisis de legitimidad mediante el mejoramiento de la gestión pública; algo que se dice fácil, pero que resulta muy complejo llevarlo a la práctica. Por supuesto que existe el riesgo de que se produzca una presión internacional tan asfixiante que obligue a convocar elecciones, a pesar de la voluntad de Maduro y su combo, o también que lleve a la negociación de modificaciones en el marco constitucional y legal que ofrezca garantías de supervivencia y libertad personal a la dirigencia del chavismo derrotado.

Penfold vaticina que no habrá cambio sin cambio político, y el cambio político tiene que ser electoral. Ahora bien, ¿es factible en la Venezuela de hoy la realización de elecciones? La respuesta se le antoja compleja, porque hay muchas variables con impacto directo sobre la posibilidad de que se celebre un acto comicial. El cronograma institucional debería tener la siguiente secuencia electoral: comicios de gobernadores, comicios de alcaldes y, finalmente en 2018, comicios presidenciales. Pero el actual tiempo político del país no soporta esta secuencia. En la actualidad existe un gran movimiento a favor de elecciones generales adelantadas, cuya celebración sería el resultado de una negociación política, porque es una opción no dispuesta en la Constitución. Ahora bien, el Consejo Nacional Electoral (CNE) maneja tiempos distintos a los de la oposición.

Y ahora que el chavismo perdió su condición de mayoría, ¿qué opciones tiene con respecto a unas elecciones? La primera: posponer las elecciones, no convocarlas; para ello apelaría a medidas judiciales o administrativas en contra de los líderes de la oposición. La segunda: convocar a elecciones generales en el marco de un proceso de negociación con facilitación internacional; aquí buscaría imponer con cierto disimulo un marco normativo para reducirle la competitividad a los comicios, y así optimizar los votos y las regiones electorales chavistas. La tercera: convocar a elecciones presidenciales, pero con un candidato diferente a Nicolás Maduro; esta posibilidad supone una ruptura en el bloque chavista. En mi opinión el chavismo pudiese considerar ir a una contienda electoral bajo estos supuestos: 1) pérdida de competitividad en los comicios (por la aprobación de condiciones de participación asimétricas), 2) fragmentación del liderazgo opositor, 3) cambio favorable de la percepción de la opinión pública en torno al desempeño del gobierno o 4) acuerdo en el seno del chavismo de la conveniencia de un candidato presidencial de re-

emplazo a Nicolás Maduro. La ocurrencia de la tercera posibilidad es la más complicada.

Según Michael Penfold, Venezuela libra actualmente lo que se conoce en la bibliografía especializada como una «guerra de atrición» o «guerra de desgaste», que causa importantes daños a los cimientos de la sociedad venezolana. El país puede virar rumbo a un escenario de «estabilidad negativa»,

Una quinta parte de las actividades económicas que tenían lugar en Venezuela desapareció. El descenso en los precios internacionales del petróleo, a partir de 2012, afectó a los sectores de la manufactura y la construcción: dos pilares del proceso de creación de empleos (RICHARD OBUCHI)

donde el deterioro del clima político sea encarado por el gobierno madurista con políticas de contingencia y el empleo selectivo de la coerción, a la espera de un alza providencial en el precio del petróleo. Este tipo de escenarios no puede sostenerse por mucho tiempo, dada la sostenida pérdida de productividad de Pdvsa, los problemas de tesorería y los obstáculos al endeudamiento exterior.

En Venezuela no vamos a tener elecciones porque lo diga la constitución, sino porque el chavismo acepte medirse o por efecto de un acontecimiento externo que lo obligue a medirse. Otra posibilidad es el acuerdo político para negociar unas elecciones, previa reducción de los costos de salida de las autoridades gubernamentales. De allí la importancia del diálogo. Sin embargo, la complicación radica en que para la oposición la opción más costosa, en términos de opinión pública, es el diálogo y la negociación, porque la masa opositora aún no ha superado el malestar que le causó la desmovilización social que vino después del anuncio del proceso de intermediación del Vaticano y el grupo de expresidentes.

La negociación no es la única vía para superar la crisis venezolana, pero es la mejor opción para el país a largo plazo, porque sienta las bases institucionales necesarias para acometer medidas de alto costo político y social, que llevarán años de aplicación.

Las razones estructurales del conflicto socioeconómico persistirán en el corto plazo, porque el gobierno aprobará devaluaciones encubiertas del bolívar, pero no eliminará el control de cambio. El gobierno intentará aplicar nuevos programas sociales, pero la dinámica inflacionaria los dejará sin efectos prácticos. La deuda externa será honrada, en detrimento del pago a los proveedores internos. Mientras, el mercado negro persistirá y se mantendrá como referencia del sistema de precios. Por tanto, la inflación seguirá creciendo, dado que el dólar paralelo funcionará como la tasa de referencia para las importaciones hechas por aquellos empresarios que estén dispuestos a asumir el riesgo de supervisiones sorpresa por parte de los organismos oficiales vinculados con el control de precios. Finalmente, Pdvsa no invertirá en planes operativos para incrementar la producción petrolera. ■